



# Boletín mensual

(11) Diciembre 2014

## Espacio de reflexión

Leía en una revista que el 35% de los niños americanos son diagnosticados con hiperactividad y tratados con fármacos. Uno de los psiquiatras citados en el artículo alertaba de que era muy poco creíble que tantos niños padecieran de hiperactividad. ¿Qué está pasando entonces? ¿Error diagnóstico? ¿Vemos problemas donde no los hay y ‘solucionamos’ cosas que no son problemas reales? ¿Es eso?

Pareciera que no vemos la realidad, que no vemos lo que sucede. Pero, ¿cómo vamos a ver esa realidad si tanto nos molesta o nos asusta, si nos pasamos la vida huyendo, corriendo en busca de soluciones rápidas y fáciles que nos alejen de ellas?

Y, ¿cuál es la realidad de la relación con nuestros hijos? ¿Que en el fondo nos ‘molestan’? ¿Puede ser? Cuesta mucho reconocerlo, yo misma soy madre, no está bien sentir, y menos decir que tu propio hijo te molesta, o mejor dicho quizás, que perturba tus planes, tus ideas de cómo tienen que ser las cosas. Pero, más allá de cómo nos haga sentir, ¿es eso así? Cuando son pequeños, requieren infinita atención: algunos lloran mucho, a otros les cuesta comer, se despiertan muchas veces por la noche,

enferman, no nos permiten hacer lo que queremos. Y entonces, con el único fin de preservar nuestra ansiada tranquilidad, recurrimos a todo tipo de teorías y métodos educativos o buscamos soluciones rápidas para que se tranquilicen, para que molesten lo menos posible, aunque sea de forma inconsciente. Cuando van creciendo, con la excusa de que todo lo hacemos por ellos, les apuntamos a todas las extra escolares posibles y pasan mucho de tiempo fuera (muchos niños tienen jornadas laborales más largas que la de sus padres), les ponemos infinitas vacunas para que no enfermen nunca, les compramos consolas y les dejamos ver la tele durante horas y horas para que nos dejen tranquilos, cedemos a sus caprichos porque si no lo hacemos, nos dan la lata (el famoso, “por no oírle”), los castigamos o los premiamos para ‘domarles’, o sea, para que hagan lo que queremos que hagan, para que cumplan con nuestro ideal de niño o modelo educativo, con nuestros ‘valores’, hasta el extremo de medicarlos para modificar su comportamiento y que se ajusten más a lo que consideramos tiene que ser.

Así pues, lo más importante no son nuestros hijos como nos gusta creer y gritar a los cuatro vientos, lo más importante somos nosotros, lo que más nos importa es sentir esa paz y tranquilidad que sentimos cuando las cosas van como queremos, como las hemos planeado, ideado.

Esa es la base de la educación parental hoy en día, y de toda nuestra vida, ese es el motor de nuestras acciones. Nuestra acciones, lo que hacemos en nuestro cotidiano, en la pequeña parcela de nuestra vida, parte de esa búsqueda de tranquilidad, de ese sentirse bien, sentirse conforme. ¿Pero conforme con qué? ¿Con nuestras ideas acerca de la educación, con nuestras ideas de lo que es ser un buen padre o una buena madre? ¿Son estas ideas las que nos impiden ver la realidad? ¿Se debe el fallo diagnóstico a que somos totalmente ciegos a los problemas reales? ¿Es el problema real el comportamiento del niño, el que

no duerma, no coma, etc., o el problema está en que queremos estar tranquilos, y que se cumplan nuestras ideas, nuestros ideales?

La mayoría de los niños son la plastilina de sus padres, de sus maestros, de la sociedad. Los amasamos, los aplastamos, los metemos en diferentes moldes, moldes hechos de ideas, ideales. Uno prefiere el círculo, el otro el corazón o la estrella, pero al final, todos son moldes. La plastilina, ese juego tan creativo, se vuelve realmente macabro cuando se aplica a nuestros hijos. El precio que pagamos es muy elevado, está en juego nada menos que la salud física y mental de nuestros hijos y probablemente mucho más, la de nuestra sociedad, y del mundo entero.

¿Y entonces qué? ¿Qué haremos? ¿Cómo encaja esto fuera de este artículo? Suena todo muy bonito pero, ¿estamos diciendo que si mi niño es muy movido o no duerme, no debo hacer nada? ¿No requiere acción la vida? Claro que sí, claro que debemos actuar, tenemos que responder a los retos que nos vienen y desde luego que no hay reto mayor que la educación de un hijo. Pero si lo que llevamos años y generaciones haciendo no funciona—y está claro que no funciona —, ¿por qué insistimos en usar las mismas herramientas de siempre, o sea el pensamiento, las ideas, los distintos modelos? ¿Por qué nos conformamos con cambiar de molde, ahora el triángulo, mañana el corazón que es más amoroso? ¿El problema, cuál es? ¿Es el molde particular, el de la sociedad, de tal escuela o tal otra, o el problema es el juego de plastilina? Si el problema es el juego en sí mismo, la totalidad del juego, la pregunta que surge es: ¿es posible educar sin moldes? Y, ¿qué significa, qué es educar sin molde?

Nosotros que estamos interesados en la enseñanza de Krishnamurti, en la educación como posibilidad de libertad, ¿estamos dispuestos a afrontar este reto de educar sin moldes? ¿Entendemos las implicaciones? Y si los distintos

modelos no son la respuesta, si ningún modelo lo es, ¿cuál es la respuesta? Como siempre, la invitación es a descubrirlo, no hay respuestas escritas, pero quizás el primer paso es abandonar lo viejo, abandonar la educación plastilina. ¿Estamos dispuestos?

Paloma Salvador- FKL

## Noticias

### **Tour por Latinoamérica**

El tour de otoño de 2 meses de la FKL por Argentina, Costa Rica y México ha sido una gran oportunidad de compartir con el público intensos diálogos y preocupaciones cotidianas. En este última viaje, se ha puesto énfasis en la educación, en la necesidad de una educación que rompa con el tradicional acumular conocimientos externos e internos y despierte el espíritu de investigar, indagar, descubrir, conocerse a sí mismo. La acogida fue espectacular, hablamos con cientos de estudiantes, padres y profesores y esperamos que algún proyecto se pueda concretar en el futuro. Agradecer a todos aquellos que demuestran tanto interés y ayudan a la FKL a organizar todas estas reuniones y proyectos.

## Texto

Ahora bien, ¿cuál es el significado de la vida? ¿Para qué vivimos y bregamos? Si se nos educa simplemente para lograr honores, alcanzar una buena posición, o ser más eficientes, o para poder tener mayor dominio sobre los demás, entonces nuestras vidas estarán vacías y carecerán de profundidad. Si se nos educa sólo para que seamos científicos, eruditos aferrados a los libros, o especialistas adictos al conocimiento, entonces estaremos

contribuyendo a la destrucción y a la desdicha del mundo.

Aunque la vida tiene un significado mucho más inmenso y sublime, ¿de qué nos sirve la educación si nunca llegamos a descubrirlo? Puede que seamos muy instruidos, pero si nuestro pensamiento y sentimiento no están íntimamente integrados, nuestras vidas resultan incompletas, contradictorias y atormentadas por incontables temores; y mientras la educación no cultive una visión integral de la vida, tendrá muy poca significación.

En nuestra civilización actual, hemos dividido la vida en tantos compartimentos que la educación tiene muy poco sentido, excepto para aprender una profesión o una técnica determinada. En vez de despertar la inteligencia integral del individuo, la educación le anima a ajustarse a un molde, y por lo tanto le impide la comprensión de sí mismo como un proceso total. Intentar resolver los innumerables problemas de la vida en sus respectivos niveles, separados como están en diversas categorías, indica una completa falta de comprensión.

Krishnamurti - Obras completas, tomo. VI